

PACTO POR LA CONCORDIA NACIONAL

Carlos Alfonso Velásquez R.

Habiendo entrado de lleno a la segunda década del siglo XXI, nos encontramos frente a una realidad que nos agobia y tiende a anular la esperanza en un mejor porvenir. Muchas personas al ver y escuchar los noticieros diarios se sienten impotentes ante la avalancha de noticias que de distintas maneras expresan la descomposición social que nos rodea: crispación, corrupción e hipocresía en el ejercicio de la política observando casi a diario unos "líderes" que la ejercen con deseos de venganza y de imponer sus visiones al costo que sea, y no privilegiando el bien común público. Y de ese ambiente político no puede derivarse sino un país atascado en el que se hace sentir la violencia de distintos tipos, la delincuencia juvenil, un conflicto armado que no termina, la pobreza e inequidad social, el desempleo; y por si fuera poco la salud y la educación sensiblemente insuficientes.

Ante esta realidad muchos piensan que no hay más opción que aceptarla como algo inevitable y sencillamente dan la espalda a los noticieros. Pero esta forma de ver las cosas abre las puertas del aislamiento en nuestras vidas privadas, dejando lo común, lo público - que también es nuestro e incide en nuestras vidas - a unas pocas personas, que, salvo honrosas excepciones, no son ni las más honestas y transparentes ni las más competentes y suelen tener las palabras mucho más largas que las realizaciones, siendo además culpables por acción u omisión del país que hoy tenemos.

Y así, vamos dejando que la política no sea lo que debe ser: el diálogo real de los ciudadanos que deciden sobre sus propios problemas buscando el bien común, sino la conquista y administración del poder a través de una maquinaria institucional llamada Estado. Sin embargo, esa política entendida de manera reducida, muestra cada vez más su impotencia para promover y proteger la convivencia a la que estamos llamados como seres sociales, es decir, relacionales que somos. ¿Cómo puede la política así entendida promover la convivencia si la gran mayoría de políticos de profesión entienden su actividad como disputa por llegar al poder y no cómo la constante búsqueda y promoción del bien común?

¿Pero el problema está solo en esos políticos? Es decir, cabe preguntarnos si la crisis que vivimos se puede limitar solo a la política o va más allá. Situar la corrupción, y en general el vacío de ética, sólo en "los políticos" es no llegar al fondo del problema y por ende plantear soluciones o equivocadas o al menos insuficientes. Los políticos y funcionarios del Estado sin ética, o con una acomodaticia, sí tienen una mayor responsabilidad social por sus faltas y hay que reemplazarlos pues es un hecho que los vicios privados se transforman en injusticias y estragos públicos. Pero esos políticos y esos funcionarios no provienen de Marte sino de las mismas entrañas de nuestra sociedad. Es más, somos nosotros quienes elegimos buena parte de ellos.

El punto a destacar es que hoy en día son más bien pocos los que no ven que hay una raíz de índole moral en las frecuentes noticias-escándalos que a diario nos agobian. Entonces, más allá de crisis en la política hay que hablar también de una crisis moral en nuestra sociedad.

Ahora bien, para que exista una moral es necesario disponer de una determinada concepción del ser humano y de lo que es una vida buena, una vida lograda, es decir responder al interrogante de cuál es nuestro fin en la vida. Moral, por lo tanto, significa en primer término, no lo que debo hacer, sino lo que debo ser. Y entonces a sabiendas de lo que debo ser puedo tener una norma de comportamiento, es cuando puedo saber qué es bueno qué es justo y qué es necesario.

Por ende, una crisis moral quiere decir que nuestra sociedad no sabe proponernos cuál es nuestro fin en la vida para que ésta sea buena, para que sea lograda. Y si no sabemos identificar de forma colectiva o al menos de manera mayoritaria lo que es bueno, lo que es justo, y diferenciar lo necesario de lo superfluo, el bien común será inalcanzable. Y es aquí donde encuentra su espacio la corrupción política y las discordias que vemos a diario, pero no porque los políticos desconozcan el bien, sino porque es el conjunto de la sociedad quien es incapaz de establecerlo como una realidad objetiva, superior a los bienes particulares. Una verdad objetiva tan potente que nuestros bienes particulares sólo alcancen su sentido si se articulan de manera subsidiaria a ella. No existen corruptos sin corruptores ni agredidos sin agresores.

Así las cosas, preguntémonos si prevalece en nuestra sociedad la norma de "no lo hagas porque dañes y te dañes" o más bien se impone la del que "lo importante es que no te cojan". La realidad es que hay de todo, exactamente igual en la política. La clave está entonces en cómo conseguimos que los partidarios del "que no te cojan" no formen una categoría social preponderante sino excepciones. Es esta la vía certera para llegar a la concordia en la sociedad.

Algunos dirán ¿la moral? ¿la ética? ¡ah... sí!, pero eso es asunto de mi vida privada. En lo público, en lo político lo que hay es que lograr la eficiencia y la eficacia, o sea el éxito a toda costa. ¿La ética como parte esencial de la acción política?... , eso se queda solo para los teóricos.

Pero si seguimos con esa "lógica" cada día veremos más hechos dolorosos como aquél en el que una niña de catorce años fue acusada de ser la autora intelectual del asesinato de un niño mariachi o los irreparables daños físicos y morales producidos por las agresiones con ácido. Cada vez veremos más desconfianza entre nosotros mismos y hacia las instituciones, más conflictos sin resolver, más deseos de venganza que afloran inesperadamente, en fin discordias y disputas por doquier. Es decir, cada vez veremos menos concordia y más discordia.

No obstante, lo descrito no puede lanzarnos al escepticismo y a la desesperanza. Más bien se puede convertir en un acicate y un reto para la acción desde el ejercicio de la política. Por esto y porque somos conscientes de que la intensidad humana de nuestras vidas no viene dada por situaciones que nos

sujeten desde fuera, sino por las acciones que nosotros mismos somos capaces de realizar y los empeños que logremos promover, por nuestra propia cuenta y riesgo o en libre asociación con otras personas, ha llegado el momento de que empecemos a convocar un PACTO POR LA CONCORDIA NACIONAL con el fin de incidir en la transformación de la realidad socio-política en la que estamos inmersos.

Para el efecto me permito proponer los siguientes ideales por alcanzar los cuales se pueden convertir en metas, objetivos y políticas a ejecutar que se plasmarían en un proyecto político sometido al escrutinio y sugerencias de quienes se vayan sumando a esta convocatoria:

1. Un país que le ponga punto final al conflicto armado interno y se encamine de manera decidida y perseverante al logro de la paz política y la paz social. Un país donde los conflictos que suscita la convivencia se puedan tramitar de manera civilizada sin violencia física o verbal, con ayuda subsidiaria de las autoridades cuando así sea solicitado.
2. Un Estado que ofrezca y promueva una educación liberadora y humanizante, pertinente a cada región, que capacite para que sea su propio pueblo quien dé el valor agregado a sus riquezas naturales y conduzca al señorío de las personas sobre el conocimiento- la información, la ciencia y la tecnología- que forme ciudadanos – urbanos y campesinos- libres: reflexivos, rigurosos y éticos, con criterio, carácter y voluntad, y capacidad de amar y servir a los demás.
3. Un país cuyas instituciones - políticas, jurídicas, económicas y culturales- readecuadas recojan, interpreten y respondan a necesidades reales de su gente: su dignidad, identidad y valores culturales. Con funcionarios públicos que brillen por su capacidad y profesionalidad, su prudencia, responsabilidad, prestigio y espíritu de servicio. Cuyo talante sea reflejo de una visión de lo justo sobre lo legal y de una concepción de la ética como eje vertebrador de su gestión.
4. Un país en el que la calidad de vida tenga como referente un proceso de crecimiento armónico y permanente, en tranquilidad, estabilidad y verdadero progreso para sus habitantes, sin discriminación de credo, raza, origen, sexo, capacidades intelectuales y físicas o habilidades profesionales. Una tierra de oportunidades, en donde los sueños de todas las personas puedan llegar a ser realidad gracias al trabajo honesto, constante, creativo y disciplinado de sus moradores y a su sentido de solidaridad.

5. Un país cuyo orgullo nacional y respeto por parte de la comunidad internacional sea consecuencia de unas relaciones internacionales a la vez estratégicas y fraternas. Pero también del carácter, los valores y la ponderación de su gente y resultado de los éxitos y triunfos de sus hijos en todos los campos y disciplinas, dentro de la visión que se tiene del universo científico, deportivo, económico y cultural al alcance de todos.